

LA CÁRCEL SEXAGECIMAL

Sebastián Cuevas Navarro



De su obra: CUENTOS Y DESCUENTOS ANDALUCES

LA CÁRCEL SEXAGESIMAL



EJEMPLAR GRATUITO

Editado el 18 de agosto de 2026 con motivo del 50 aniversario de su publicación y el 35 aniversario del fallecimiento del autor.

Asociación Cultural Sebastián Cuevas, C/ Escritor Sebastián Cuevas, 6 - 14010 Córdoba

Se corresponde con el Capítulo 3 del libro Cuentos y Descuentos Andaluces, disponible con ISBN: 84-500-1569-3 y Depósito Legal: CO 368 - 1976. Imprenta San Pablo en Córdoba, para el **Área de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Córdoba**.

LA CÁRCEL SEXAGESIMAL

El doctor recordaba su angustia por el pobre Ultimino y cada vez que miraba a los patios de los desvariados, se le iban los sentimientos con Emerenciana y el yegüero, que se ensoledaban, mirando a la lejanía del nuevo cementerio por el «Montón de la Tierra», con sus locuras de relojes y relinchos, clavados como alfileres de maldejojo indestructibles.

Emerenciana, que nació en Adamuz, era un caso pintiparado para esos espeleólogos del espíritu, esos sabios que husmean las angosturas de la soledad del alma y que andan últimamente afanados en la exploración de la tristeza, del cansancio de la vida, la abdicación de la voluntad de ilusionarse, el relajo del espíritu, cuando éste se extravía por el vagabundeo inconstructivo, que es como una especie de suicidio en el vacío del tedio y el ensimismamiento; o quizás de su antónima, la alienación, que tal es el destino del ser humano cuando esa inconmensurabilidad que llamamos sociedad presiona sobre su personalidad y la evanesce, difumina y desvirtúa, desaliándola de sus raíces del pasado, marginándola del tronco de su presente y perdiéndola para la altísima enramada de su futuro, de su destino coloquial con los dioses, sus padres, los hombres, sus hermanos, su entorno, su naturaleza.

Emerenciana, que nació en Adamuz (y no es superfluo el repetirlo, que como todos los ricos saben estas tierras andaluzas manan seres del barro más duro, del talante más pastueño, más entrañables y sumisos que hombre, animal o cosa que nazca sobre el mundo lo sea), es válida como un ejemplo más en la casuística del problema. Su alma andaluza puede perforarse en la ficha y alimentar con sus datos los ordenadores que computan esta encuesta.

Emerenciana, como creo haber dicho, nació en Adamuz, un pueblo de la provincia de Córdoba, caído, como un canto rodado, en la orogénesis aluvial de Sierra Morena, y varado por los pinos madereros, que ahora emplean sus cuidados en defender las pobres tierras de la erosión, con sus raíces y en alimentar mízcalos con sus

pinochas, tutelados por la gente del ICONA y las peregrinaciones maléficas y negras de las procesionarias y los cazadores furtivos. Su padre, funcionario de la administración local, le dio una educación todo lo estéril y religiosa que a sus caudales y a nuestras comunidades les era dado comprar e impartir. Y cuando se hubieron cumplido los signos y los cursos que el buen tono y el limitado espectro docente del lugar aconseja Emerenciana se halló dispuesta para opositar a esa tradición nacional que es la búsqueda de un novio. Pero fue el caso que, por más convocatorias que consumió, no alcanzó plaza; bien sea porque Dios no la dotó de elementos físicos, bien porque sus competidoras, las hijas de los terratenientes, poseían trasfondos de más peso, que en este examen, contra lo que es corriente, no caben recomendaciones. Por ello, nuestra joven vio pasar los autobuses de las oportunidades (que no puede usarse la habitual terminología del tren, puesto que Adamuz no ha visto más ferrocarril que el de las brujas escobadas de las ferias) y en cada uno de ellos se marchaba un joven casadero, del brazo de una paisana más afortunada. Estas, que no otras, fueron las causas de que, reunida la familia en consejo, ante la evidencia irremediable de su soltería, se decidiera enviarla a Madrid, a fin de recibir una instrucción específica que le permitiera entrar en algún organismo, con cuya gabela tuviera seguro el porvenir y no quedara a merced de tan insegura prebenda como era la eventual consecución de un marido, que ya iban escaseando.

La prima segunda de su madre, cuya sangre se unía por vía ascendente con la de nuestra protagonista en la primera Emerenciana de la familia, transmisoras de la aberrante enfermedad de su nombre, por vía cromosómica ligada al sexo (que nunca hubo un Emerenciano, al contrario de lo que ocurre con la hemeralopía o la hemofilia, estigma de varones) quiso dejarle, aparte del apelativo, su gusto por la profesión que ella ejercía desde la adolescencia: telefonista.

Y de esta forma fue como destinaron a la joven a una academia especializada en tales preparaciones, por lo que llegó a Madrid, cargada de la pesada maleta de su patronímico, que ella se encargó de aligerar cambiándola por un como bolsillo, con resonancias de inicial, dado que llegar a Madrid y comenzar a llamarse Eme fué todo uno, lejos de la coacción de sus paisanos y las emerencianas

mayores de la familia que le impedían el uso del diminutivo.

Como un anómalo edelweis florecido en la sierra andaluza, quién sabe a impulsos de qué semilla anemófila, la prosodia de Eme era pulcra y más cercana al habla vallisoletana y abulense que al ceceo y al seseo de sus entornos. Soportada por una linda y cantarina voz, que hubieran envidiado las vilariño y cañaved y demás voceras nacionales públicas, había sido realmente glorioso verla y oirla, en las funciones de las flores del colegio, recitar los florilegios místicos a la Virgen, en el mes de Mayo, ante un auditorio absorto y como acoimplejado de su propia rudeza expresiva. Esta pulcra dicción, junto a su natural ahorrativo, a su empeño en el estudio y a una especie de terror pánico que sobrecogía a su espíritu pueblerino en el bosque estridente y amenazador de la gran ciudad, hizo que la apocopada Eme, por primera vez en su vida, alcanzara un objetivo, al sacar plaza de telefonista de cuadro en la C.T.N. de España. Su modestia, su laboriosidad y el encanto de su voz, no dejó de llamar la atención de vigilantas, jefes de tráfico y demás superiores jerárquicos, por lo que todas sus compañeras (y en secreto ella misma) auguraban una carrera prometedora y rápida.

Cuando los directores de marketing de la compañía decidieron, siguiendo el ejemplo de la Iglesia, el *aggiornamento* de los servicios y se aumentaron los puestos de información al público, Eme fue destinada a ese misericordioso ceronoventaytantos del reloj infalible. Y era tan amable, primorosa, grata, amena y relajante, acariciadora y dulce la forma en que daba la hora, que más de un ejecutivo llegó tarde a un consejo de administración, un estudiante a su docencia y un guardia urbano a su tráfico, entontecidos en el éxtasis de las «*ocho horas, treinta y tres minutos*». Por ello no es de extrañar que cuando los analizadores de costos de la compañía aconsejaron economizar en las gaitas del *aggiornamento* y automatizar los servicios, se pensara en ella para esa especie de inmortalidad, omnipresencia, don de lenguas, ubicuidad coloquial para el uso múltiple y servicio continuo del disco o cinta de la hora; por lo que el jefazo más gordo la citó en su despacho y, una vez allí, le dió la noticia, adobada de una sonrisa y de palmaditas en la espalda, paternas e, incluso, la acompañó, al fin de la entrevista, hasta la puerta.

Y aquí es donde el doctor quisiera ver a los sabios del análisis, de la alienación y a todos los catedráticos que tanto dogmatizaban en la Facultad con sus hermenéuticas jungianas del subconsciente colectivo, porque aquello, que en principio parecía una gollería, se convirtió en una monstruosa serpiente laocoontiana, en una trampa saturnal que devoraba viva a la pobre Emerenciana, con todas sus letras, que se pasaba días enteros mecanizando los segundos, repartiendo proporcionalmente el tiempo, cuidando la sincronía de la voz, sintonizando el metrónomo de su garganta con el implacable, tenaz, incansable, pertinaz, insensible, pugnaz, inconsciente, pulsante, inacabable, rítmico, acorde, monótono, infatigable, odioso, indetenible e indestructible reloj.

A las doce en punto, exactas, justas, cabales, precisas, ni un segundo después ni un segundo antes, Eme había de pronunciar ante el magnetófono:

—«*Son las doce horas, cero minutos, cero segundos...*»

A las doce, tres minutos y diez segundos, puntuales, clavadas, insistir:

—«*...son las doce horas, tres minutos, y diez segundos...*»

E inmediatamente, sin lugar al respiro, medir, pesar, calcular, tasar, milimetrar, ponderar, aquilatar, cuadrricular, micrometrar su voz, el tiempo y su transcurso, y seguir:

—«*...son las doce horas, tres minutos y veinte segundos...*»

Sin posibilidad de huida, amarrada por inexorables cadenas de obligación a la silla. Sin poder evadirse de la cárcel sexagesimal, que como un pulpo horrible, de innumerables brazos opresivos, atenazaba sus ojos, su lengua, sus oídos y las remotas, remotísimas, neuronas de la voluntad, impidiéndole la humana suavidad del suspiro, la dulce contemplación de la luz, el irrepetible éxtasis de gozar de un aroma pasajero o del súbito relámpago de un pensamiento. Para mayor miseria, su perenne cuidado le vedaba repetir, siquiera en mente, el bellissimo salmo 99:

—«*Grande es Dios en Sion, excelso sobre todos los pueblos.*

Alabado sea su grande y terrible nombre: es santo».

¡Qué horrible destino! ¡Vedarle su alabanza! ¿Comprendéis ahora las interrogaciones atravesadas como anzuelos en la garganta del doctor, sabios que estudiáis el origen del cansancio de la vida y sus alienaciones?

Cuando hubo terminado el infernal círculo del día, como una pescadilla inacabable que se muerde la cola, realizando el auténtico círculo vicioso, Eme empalmó la vigesimocuarta con la primera hora. Y siguió diciendo:

—«...son las cero horas, cero minutos, cero segundos...»

Y enseguida:

—«...son las cero horas, cero minutos, diez segundos...»

Y así, inexplicablemente, ininterrumpidamente.

Cuando tras varias horas de salirse del parchís sus compañeras advirtieron el suceso, llamaron a los jefes de la compañía, que vinieron acompañados de los médicos de la empresa. Pero toda llamada, toda sacudida, todo intento de comunicarse con ella resultó inútil. Algo se había roto dentro de Eme. Una extraña transformación, el auténtico metabolismo (en el sentido de ir más allá de las funciones biológicas), le había llenado de ruedas y de ángulo, de cifras y de espacios, de ábacos y goniómetros, de silencios y palabras. Era, en realidad, un maravilloso reloj que no necesitaba cuerda, pila, ni cristal de cuarzo. De una precisión tan asombrosa que hubiera significado el orgullo de la industria suiza y motivado el inevitable espionaje japonés.

Cuando la llevaron al hospital, consiguieron, a fuerza de sedantes, dormirla; pero en su estupefacción, soñaba en voz alta, sin romper el equilibrio y la exactitud cronométrica de los guardianas de sus silencios, como reflejo de su cronometraje interior; y así decía:

—«...son las seis horas, treinta y nueve minutos y cincuenta segundos...»

Y eran, exactamente, las seis horas, treinta y nueve minutos y cincuenta segundos. Con un dominio einsteiniano del espacio y del tiempo. Con un aprendizaje perfecto de las fórmulas de la energía. Con un análisis maxplanckiano de los íntimos quantos, de los diminutos átomos, de la energía de los fotones con que pasa la vida. Péndulo newtoniano para el que fueron inútiles todos los intentos de la ciencia. Especialistas acudieron, casi en congreso, a estudiar tan peregrina quimera. Y se dictaron documentadísimas comunicaciones en importantes simposium. Pero para Eme, que ahora anda en la errabundez de las galerías del Psiquiátrico, la pobre (adjetivo que no es privativo, como se ve, de la madre de Últimino), todo resultó ineficaz.

Al cabo del tiempo, un tribunal médico la pasó a los montepíos con el siguiente insólito dictamen:

—¡Inútil permanente, temporal!

¡Y tan inútil! ¡Como que la devolvieron a su pueblo!

¡Y tan permanente! ¡Como que nunca más se inclinó a oír cantar un pájaro o a ver jugar a un niño!

¡Y tan temporal! ¡Como que al ver tal reloj comenzó a acudir la gente a su pueblo, como en romería! ¡Y qué prosperidad supuso para toda la provincia! Hubo hasta que edificar bares, restaurantes y hoteles; y poner bancos en las calles y en los jardines menudos de las rinconeras urbanas para que descansara el peregrinaje de las colas que se hacían para verla, que ni en lo de las caras de Bélmez de la Moraleda se vio nada parecido, ni cabe punto de comparación.

Y, ya se supone, acudieron feriantes y vendedores. Rifadores. Carteristas. Tiovivos. Tómbolas y turistas en calzón corto. ¡Qué lindo Adamuz con tanto trajín! En el Ayuntamiento se discutió por los concejales sobre la conveniencia de declarar sobre las calles una especie de enfiteusis para poder cobrar un cánon. O un arbitrio de portazgo o lo que fuera. Y no dudo que lo establecieran.

Sólo la pobre permanecía ajena a tal bullicio. Cuando salía a pasear por las veredas de los árboles, la gente la seguía como a un nuevo Cristo. Y ella, como Él, tenía para cada uno una palabra, una hora:

—«*Son las seis horas, tres minutos y diez segundos...*»

Y la gente miraba sus propias muñecas, o tiraba de la cadena de sus chalecos y acompañaban sus relojes y los ponían a punto.

Y aunque ella sentía querencia por los lugares desiertos, como Jesús cuando fue a Cafarnaún, según nos cuenta San Lucas, «las muchedumbres le buscaban y viniendo hasta él le retenían para que no se me partiese de ellos».

E iba dando la hora desde su cárcel sexagesimal, caminando también, hacia su Gólgota.

Pero con Eme y con el negocio municipal pasó lo que pasa con todas las ferias y las romerías, que la gente se cansa y dejan todo lleno de suciedad y ruina. Y se quedaron los hoteles vacíos. Y se acartonaban los entrecots en el restorán y se desgraciaban y perdían la presión de la cerveza y las cocacolas en los bares y las almendras se ponían rancias, porque la gente se fué en busca de un curandero por tierras de Jaén que había anunciado un terremoto y que curaba las almorranas con sólo pasar el dedo y que hacía fértiles a las yemas, con lo que tal cúmulo de prodigios precipitó la soledad del pueblo que quedó como El Horcajo cuando cerraron las minas y todo terminó como el rosario de la aurora.

A la vista de la catástrofe, el pueblo culpaba a Eme de su venida a menos por lo que se impuso al padre, al fin y al cabo funcionario de la administración local y por lo tanto sujeto a la obediencia jerárquica, su internamiento en el manicomio, que ya sonaba a cachondeo tanto dar la hora, como un cucú con faldas.

Y aquí la tiene el doctor repartiendo su noticia; y su historia colgada de un alambre como mata de tabaco puesta a secar.